

¿Uno grande y libre?

Las contradicciones del feminismo hegemónico español

María Reimondez

Doctora en Traducción e Interpretación
Investigadora independiente y escritora

SEGURAMENTE SI PREGUNTÁSEMOS A LA mayoría de feministas españolas sobre la relación entre los feminismos y el fascismo, directamente nos contestarían que son teorías y prácticas antagónicas. Definiré el fascismo en este breve artículo como una ideología totalitaria que se basa en la supresión de la diversidad desde la violencia tanto activa como simbólica mediante un discurso de exaltación «nacional» que sobre todo reactiva la visión imperialista del pasado donde las identidades hegemónicas se enorgullecen de la opresión ejercida sobre las demás.

Efectivamente, a simple vista podría pensarse que los feminismos son lo contrario de lo que acabo de describir. En mi definición breve, los feminismos aglutinan un abanico de teorías y prácticas políticas emancipatorias diversas que reflexionan sobre el poder en todas sus formas y que buscan erradicar las distintas formas de opresión que se derivan del/os patriarcado/s y sistemas de opresión afines.

Sin embargo, como intentaré demostrar a continuación, el antagonismo entre fascismo y feminismos solo es posible cuando existe una reflexión en los movimientos feministas que, por lo menos en el caso del estado español, está lejos de producirse. Son múltiples las ocasiones en las que el feminismo hegemónico español (definiré luego a qué me refiero con este término) se niega a aceptar la diversidad, en concreto la lingüística y nacional, como un elemento fundamental de su crítica al poder.

Mi objetivo en este artículo es desentrañar los significados de estas cuestiones para que podamos encontrar un lugar de relación interseccional productivo.

Feminismo hegemónico y la herida que sangra.

Aunque desde otras latitudes hemos oído hablar de un feminismo hegemónico blanco y/o heterosexual, en el estado español hay otros vectores añadidos a estos que son relevantes a la hora

de analizar este término. Defino hegemonía en el sentido en que lo hizo Gramsci, como la dominación de un grupo sobre otros mediante el discurso y las condiciones materiales.

La hegemonía se basa en una serie de silencios y en la creación de una serie de justificaciones por las cuales derechos que son aplicados a un grupo no deben ser accesibles a otros. El ejemplo más paradigmático de este proceso lo vemos en la colonización y los discursos que todavía perviven en nuestras sociedades. La representación que nuestros medios, literatura y cine hacen de nuestras otras reafirma la idea de las blancas salvadoras, las otras sumisas y todos los estereotipos que se siguen utilizando para justificar invasiones, bombardeos y expolio de los países en vías de desarrollo. Este discurso tiene también su versión dentro de las fronteras del estado en el racismo donde las mujeres racializadas son objeto de todo tipo de debates en los que rara vez se les da la voz y donde se ignoran las complejidades de sus posiciones diversas y la presión que la identidad hegemónica blanca (podemos añadir aquí también de base católica, de clase media, cisgénero, monolingüe y mayoritariamente heterosexual) ejerce sobre las demás.

119

Algo que a veces se olvida en este debate es que la herida colonial se inicia antes de la aberración expansiva que llevó a invadir continentes; empieza en la península ibérica y continúa aquí, en la erradicación, por lo menos desde la llegada al poder de los Reyes Católicos, de cualquier diversidad lingüística, religiosa o cultural. El estado español está fundado sobre esa herida primigenia y cada día exagera más sus manifestaciones.

También en los feminismos la herida sangra. Frente a un discurso superficial de valoración de las lenguas y culturas que se dio justo tras la muerte del dictador Francisco Franco, en época reciente vemos el rearme de un discurso centralista y unificador en el cual ciertas palabras (como «nación») provocan

reacciones de controversia y violencia simbólica y material.

El feminismo hegemónico español participa de forma demasiado generalizada de estos discursos. Algunas de sus manifestaciones más claras las vemos en el permanente silenciamiento de aquellas teóricas, activistas y pensadoras que no nos expresamos en castellano, como si nuestro pensamiento fuese secundario o irrelevante por el mero hecho de partir de otra lengua. Es el feminismo hegemónico el que nos convierte en «periféricas» porque sobre todo le incomoda lo que tenemos que decir a raíz de cuestiones vitales como el debate sobre la formulación del estado.

«[...] el antagonismo entre fascismo y feminismos solo es posible cuando existe una reflexión en los movimientos feministas que, por lo menos en el caso del estado español, está lejos de producirse.»

Obviamente el ejemplo más reciente y exacerbado de estas tensiones se ha dado en torno a la independencia de Cataluña, donde hemos asistido con bochorno al apoyo de algunas significadas feministas españolas a la agresión del estado a aquellas personas que de forma pacífica pretendían expresar su opinión y a la violencia desatada contra representantes e instituciones del pueblo catalán. Es importante recordar que esta violencia ahora mediática con respecto a Cataluña lleva produciéndose mucho más tiempo en Euskal Herria donde, con el alibi perfecto de ETA, las feministas españolas en general se negaron durante mucho tiempo a condenar la violencia sistemática del estado contra activistas feministas nacionalistas o simplemente contra mujeres (como las madres de presas y presos) de estos lugares. Tampoco se habla de las presas políticas gallegas o

«También en los feminismos la herida sangra. Frente a un discurso superficial de valoración de las lenguas y culturas que se dio justo tras la muerte del dictador Francisco Franco, en época reciente vemos el rearme de un discurso centralista y unificador en el cual ciertas palabras (como «nación») provocan reacciones de controversia y violencia simbólica y material.»

de la violencia que los cuerpos del estado ejercen contra nosotras en el día a día. Son temas que parecen no interesar de forma amplia al feminismo hegemónico español, sin duda porque desmontan un espacio de privilegio que prefiere no interrogar.

A menudo se argumenta, en el más puro estilo del discurso blanco al respecto de la sororidad que tanto critican las feministas decoloniales y negras, que no debemos «dividir» el feminismo o que estos aspectos son «secundarios» con respecto a otros. Estos comentarios, que escuchamos con demasiada frecuencia las feministas no hegemónicas, no castellano parlantes, en el estado español, ocultan en realidad la alianza estratégica del feminismo hegemónico con los discursos reunificadores y de origen fascista españoles.

La represión lingüística y cultural del estado no es algo secundario ni divisorio.

Es algo que afecta a la vida de muchas mujeres en su día a día, desde verse obligadas a abandonar su lengua materna para ser aceptadas socialmente, hasta acabar en la cárcel por sus ideas políticas. Afecta a la organización y distribución de la riqueza del estado y a cuestiones como la invisibilidad de movimientos de los que se podría aprender mucho si se hicieran visibles¹.

Lejos de constituir este artículo una lista de agravios, mi intención es poner énfasis en la necesidad de entender la diversidad cultural como piedra angular de un movimiento feminista con visos de transformación profunda de la opresión, y a esto dedicaré las siguientes líneas.

La importancia de romper con el feminismo uno, grande y libre.

Un movimiento feminista que se niega a analizar cuestiones como la configuración de los estados y sobre todo la diversidad

120

1 Por poner ejemplos solo de Galicia, pienso aquí en situaciones como toda la lucha anti-minera organizada en Galicia alrededor de las mujeres ya desde los años setenta con las movilizaciones de As Encrobas, las alianzas entre movimientos feministas, ambientales y anticapitalistas, la potencia de la cultura y literatura feminista para la transformación social y la creación de masa crítica, la infiltración real del pensamiento feminista en los partidos políticos de izquierdas en Galicia, iniciativas pioneras como la del Día das Galegas nas Letras de A Segá, además de, en general, un pensamiento más complejo sobre la dominación lingüística y cultural y los feminismos.

cultural y lingüística como valor, establece una alianza clara con las raíces del fascismo. Pretende construir epistemologías monolíticas donde solo unas cuantas tengan la palabra y el poder de decisión.

Si queremos articular un movimiento feminista complejo y útil, partir de la diversidad como riqueza es ahora más necesario que nunca. Para empezar, el discurso uno grande y libre provoca que las feministas de las culturas no hegemónicas, tanto en el estado español como en otros lugares, estemos sometidas a una doble presión (pertenecer a nuestra cultura y transformarla, algo que afecta de forma muy exacerbada en nuestro contexto, por ejemplo, a las activistas gitanas). El discurso uno-grande-libre del feminismo hegemónico pretende ponernos a algunas en la disyuntiva de transformar nuestras culturas propias o acceder a la ciudadanía.

Esta doble presión no debe verse con la condescendencia de aquellas que piensan que nuestros problemas se solucionarían si dejásemos de lado esa «tontería» de nuestras lenguas y culturas y nos amalgamásemos a la identidad hegemónica, sino como un lugar de denuncia y al mismo tiempo productivo y de visión más profunda y amplia de los conflictos. Desde este entendimiento, y como demuestran iniciativas pioneras como la ONG gallega Implicadas no Desenvolvimento, resulta más accesible entender las presiones que padecen nuestras compañeras de los países del sur y buscar alianzas en las que las occidentales desactivemos los discursos unificadores, coloniales y racistas como prioridad.

Las feministas que en el estado español no participamos de la hegemonía por nuestra cultura, lengua y nacionalidad, estamos de partida mejor posicionadas para enlazar con el contexto internacional de los feminismos donde la clave para enfrentarnos a los problemas que superan las fronteras de los estados no sea esa falsa visión de lo «transnacional» como un discurso de las que ya tienen la voz, sino

como la promesa de establecer relaciones donde las lenguas, la traducción y las polifonías estén en el centro del debate.

La falsa dicotomía entre «local» y «global» solo se entiende desde una óptica de hegemonía, de quien considera que hay un plano más irrelevante, aquel que afecta a pequeñas porciones de la población, frente a aquello que es importante. Sin embargo, para aquellas que defendemos un mundo polifónico, lo local es lo que nos apega a la tierra, lo que nos ayuda a entender a las que vienen de lejos y la importancia de encontrar lugares de empatía y encuentro con nuestras otras.

Es hora de que el feminismo hegemónico reflexione sobre sus incoherencias y alianzas con discursos totalitarios. Es hora de que dé pasos y deje de ser cómplice de discursos de corte totalitario porque el fascismo no es algo que afecte a otras o que nazca espontáneamente; es algo que estamos creando con los pequeños actos del día a día. En el tiempo del auge de Vox y Ciudadanos, de Modi, Duterte, Trump, Savianni y Bolsonaro es más vital que nunca forjar alianzas y para ello el sujeto hegemónico de los feminismos debe repensarse cada día desde todos los ángulos.

Es hora de empezar a poner en cuestión estos temas, es urgente sobre todo en el contexto de auge del fascismo en toda Europa (y más allá, pero esto sí lo hemos exportado nosotras). Es hora de dejar de mirar hacia otro lado y de mirar seriamente hacia adentro, cada una desmontando la parte de privilegio que le corresponda. Es hora de que la incomodidad que generan nuestros ejes de no-hegemonía se vuelva productiva y ayude a poner las bases de otros diálogos y alianzas en las que la polifonía impere frente al monolingüismo, y donde los feminismos sean múltiples y diversos como nuestros cuerpos, pequeños y acogedores como un refugio e interconectados y críticos como la propia vida. —